

LUNA LLENA DE PISCIS 18 marzo 2022



... Y llegamos a Piscis, el último signo del Zodíaco, signo de disolución y de preparación para el inicio del nuevo ciclo, que tendrá lugar el día 20, en el Equinoccio de Primavera, con el Sol a 0º de Aries.

Piscis tiene dos planetas regentes exotéricos, Júpiter, como regente tradicional, y Neptuno, un planeta transpersonal.

Vamos a considerar las características de

Neptuno: ♆

Los efectos de Neptuno sobre el individuo, ya sea en su carta natal o como planeta en tránsito, están muy bien descritos en el libro *“Los Dioses del Cambio”*, de Howard Sasportas, libro del cual extraemos el texto siguiente.

Las crisis neptunianas

Nuestro destino, el centro y hogar de nuestro corazón, está en el infinito, y sólo allí.
Wordsworth

Estas palabras, escritas por un gran poeta romántico inglés, encierran en sí la esencia de Neptuno: el deseo de trascender el sentimiento de ser un yo aparte para fundirse con algo más grande. Aunque con frecuencia hablemos de “encontrarnos a nosotros mismos”, es decir, de que cada cual descubra su peculiar identidad y se defina en función de atributos y logros que él mismo ha escogido, Neptuno es lo opuesto: es el anhelo de *perdernos*, de disolver o trascender las

fronteras del yo aislado. Pero para que podamos comprender plenamente qué significa o implica la idea de trascender el yo, debemos recordar qué se entiende por yo o *ego*.

Brevemente definido, “ego” es el sentimiento que cada uno tiene de sí mismo en cuando individuo aparte; dicho de otra manera, nuestro sentimiento de ser un “yo”. Que seamos un “yo” significa que podemos autodefinirnos; como esto, pero no aquello, terminamos en alguna parte y los demás empiezan en alguna otra. Sin embargo, no nacemos con un ego o sentimiento de “yo” y en la vida intrauterina no tenemos conciencia de nosotros mismos como seres aparte: somos uno con nuestra madre, y para nosotros ella es el mundo entero. Por lo tanto, creemos que nosotros somos el mundo entero; creemos serlo todo y experimentamos lo que Freud llamaba un sentimiento “oceánico” de la realidad. Sin embargo, después de nacer empezamos a diferenciarnos y a distinguirnos, no solamente de nuestra madre sino también del medio. Al crecer nos damos cuenta de que somos distintos, de que somos seres aparte de las otras personas y cosas que nos rodean: esto soy yo y esto es el no-yo.

Pero no sólo nos distinguimos de las otras personas, sino que llegamos también a identificarnos sólo con ciertas partes de nuestra personalidad y de nuestra naturaleza, negando otras o escindiéndonos de ellas. Dicho de otro modo, además de la escisión yo/otros, se da también una división o frontera entre nuestro yo (nuestro sentimiento de quiénes somos) y otras facetas de nuestra naturaleza que no queremos reconocer como propias o que ni siquiera sabemos que están ahí. Por ejemplo, podemos identificarnos con aquella parte de nosotros que es bondadosa y afectuosa, y negar o reprimir la que es negativa y destructiva. De tal modo, la escisión yo/no-yo significa no sólo trazar una línea entre nosotros y los demás. Sino también dividir

nuestra propia totalidad en dos partes: aquello de lo que somos conscientes y con lo que estamos dispuestos a identificarnos porque admitimos que nos pertenece, y aquello de lo que no somos conscientes o que no estamos dispuestos a admitir como parte nuestra.

Neptuno es un “disolvente de fronteras” y, en sus tránsitos, difumina o disuelve la frontera entre nosotros y los demás. Neptuno en tránsito formando aspecto con el Sol natal, por ejemplo, puede señalar un momento en que nos “perdemos” en otra persona, o en que tenemos vivencias de nuestra unidad con la totalidad de la vida.

.....

Neptuno socava las fronteras, tanto las que hay entre nosotros y los demás como las establecidas entre el yo y el inconsciente.



La unidad y la separación

EL efecto disolvente que tiene sobre las fronteras un tránsito de Neptuno puede intensificar nuestra conciencia de la unidad de todas las formas de vida y aumentar nuestra capacidad de empatía y nuestro sentimiento de estar conectados con todo lo que existe. No es fácil captar la idea de la unidad esencial de toda vida, y es más difícil aún para los que, en la sociedad occidental, hemos sido concienzudamente educados en la creencia de que "yo" termino en un lugar y "tú" comienzas en otro... en lo que Alan Watts llama la realidad del “yo-aquí-dentro” frente al “tú-ahí-fuera”. Sin embargo, los místicos, tanto en Oriente como en Occidente, han

hablado siempre de otra dimensión de la realidad, en la que nada existe aisladamente. Los budistas tienen un dicho, “Todo en uno y uno en Todo”, una idea de la que se hace eco el Maestro Eckhart, un místico cristiano del siglo XIII que escribió: "Todo lo que el hombre tiene aquí externamente en la multiplicidad es intrínsecamente Uno". Aunque en la superficie “yo” pueda parecer diferente de “tú”, y una mesa no sea lo mismo que una silla, en nuestros niveles más profundos todos compartimos la misma cualidad básica: somos Seres o Entidades. Neptuno simboliza la necesidad de disolver un sentimiento rígido de individualidad y separación para redescubrir la unidad subyacente en toda vida y reconectamos con ella.

.....

Neptuno representa aquella parte de nosotros que, en el corazón mismo de nuestro ser, está ávida de disolver las fronteras y las divisiones que nos impiden tener la vivencia de nuestra unidad esencial con el resto de la vida. Para poder hacerlo tenemos que renunciar hasta cierto punto a nuestro ego, es decir, a nuestro sentimiento de ser un “yo” aparte.

.....

El deseo de expansión y de crecimiento espiritual está siempre dentro de nosotros, pero hay ciertos períodos en la vida en los cuales se activa con más fuerza. Bajo la influencia de los tránsitos de Neptuno, la necesidad religiosa o mística puede ser movilizadora por una insatisfacción o una disconformidad creciente con nuestra vida y nuestros logros actuales; quizás hayamos tenido un éxito financiero o social admirable, y sin embargo nos descubrimos pensando: “Bueno, ¿y qué? ¿Esto es todo?” Vacíos pese a haber conseguido cosas y logros externos, quizá nos encontremos con que la atención se vuelve hacia adentro y buscamos ahora el significado y la realización en el mundo interior del espíritu. Los gurus o los grupos religiosos pueden guiarnos en este viaje interior, pero – como nos lo recuerda el poeta

Kabir – incluso ellos pueden ser una trampa si no andamos con cuidado:

Me río cuando oigo decir que los peces en el agua tienen sed.

No entendéis que lo más vivo de todo está dentro de vuestra propia casa;

Y por eso vais con aire confuso de una a otra de las ciudades santas.

Kabir os dirá la verdad: no importa a dónde vayáis, si a Calcuta o al Tíbet.

¡Si no podéis encontrar dónde se oculta vuestra alma, para vosotros el mundo nunca llegará a ser real!

.....

La aflicción de Orfeo

Orfeo es un héroe neptuniano, músico y poeta cuyas hermosas canciones hacen que los árboles lloren y las rocas se derritan. Por obra de su música eleva el ánimo de los hombres, expande su conciencia y los hace abrirse a sentimientos y emociones de naturaleza universal o eterna. Su mito nos habla del día de su boda, el día en que se casó con Eurídice, la mujer de sus sueños. Lo lógico sería que estuviese rebotante de alegría, pero se ha producido un accidente: después de hacer los votos nupciales, Eurídice sale a pasear con unas amigas, tropieza con una serpiente, recibe su picadura y muere. El júbilo se convierte de pronto en tragedia. Quizá la gente que pasa por tránsitos de Neptuno reconozca esta clase de experiencia, en que lo prometedor y maravilloso puede convertirse en un desastre, en tanto que lo que parecía espantoso termina por resultar una bendición inesperada. Neptuno disuelve las fronteras, y bajo su influencia, hasta la distinción entre éxtasis y dolor puede volverse incierta.

Incapaz de aceptar su trágica situación, Orfeo niega el carácter decisivo de su amada y busca la forma de negociar su recuperación. Como la mayoría de las personas a quienes un destino trágico conmueve, quiere atrasar el reloj, hacer que las cosas vuelvan a ser como antes de la tragedia. Mediante el ardid de cantar una canción que hace dormir a Cerbero

(el perro que guarda las Puertas del Infierno), consigue entrar en el dominio de Plutón y Perséfone y rogarles que permitan a Eurídice regresar a nuestro mundo. Plutón y Perséfone son administradores severos: generalmente, a nadie que muera y descienda al submundo se le permite volver a salir. Pero Orfeo, con sus palabras y su música conmovedora, argumenta de manera tan convincente que consigue que el rey y la reina del mundo subterráneo flexibilicen su regla: un ejemplo más de cómo la fuerza de Neptuno puede disolver la rigidez y la dureza.

Plutón y Perséfone permiten a Orfeo que se lleve a Eurídice de vuelta a la tierra de los vivos, pero con la advertencia de que no debe girarse para mirarla durante el camino. Llevándola de la mano, Orfeo conduce a Eurídice fuera del mundo subterráneo, pero cuando están a punto de salir a la luz, ya no puede resistir la tentación de girarse y mirarla; tan pronto como vuelve a contemplar los ojos de su amada, ella se disuelve en el aire, y con ella toda esperanza de felicidad. La promesa de redención y renovación desaparece ante sus propios ojos, y la esperanza de felicidad se esfuma trágicamente.



¿Qué fue lo que movió a Orfeo a mirar hacia atrás? Bien le habían advertido que no lo hiciera, y estaba a punto de alcanzar el deseo de su corazón. Tal vez tuvo un momento de desconfianza. “¿Y si me estuvieran

engañando? ¿Y si quien viene detrás de mí no fuera Eurídice, sino alguien a quien han puesto en su lugar?”. Orfeo no confía; empieza a cuestionar y a analizar la situación, y esto es lo que lo pone en dificultades. Es muy frecuente que, bajo la influencia de los tránsitos de Neptuno sintamos una especie de ansiedad, una fuerte inclinación a seguir cierto camino: empezamos a ir en esa dirección, pero después algo nos detiene e interrumpimos el proceso. Quizá queremos estar absolutamente seguros de hacia dónde nos llevará finalmente la dirección que escogimos, pero Neptuno no ofrece esta clase de garantías; lo que nos pide es que nos entreguemos sin saber qué recibiremos a cambio.

Orfeo vuelve a estar solo. Su táctica de negociación le ha fallado y ya no puede seguir negando la muerte de Eurídice. Tras haber agotado todos los recursos con que contaba para afrontar su muerte, no le queda más que aceptar la inevitabilidad de lo sucedido. Ahora no tiene otra opción que hacer lo que hasta ese momento no se ha permitido: el duelo por su esposa. Se ha empeñado tanto en luchar contra la situación que todavía no se ha entregado del todo a su tristeza y su dolor.

Para hacerlo se instala en las proximidades de una orgía dionisiaca, que precisamente está llegando al momento culminante. Aquí volvemos a encontrarnos con los dos extremos de Neptuno: el arrobamiento y el éxtasis de los celebrantes comparado con el profundo dolor de Orfeo. Los participantes, al ver a Orfeo allí sentado, tan deprimido, le imploran que se una a los festejos. Con frecuencia hacemos lo mismo cuando nuestros amigos están deprimidos, instándolos a que salgan del estado en que se encuentran, invitándolos a que vengan a tal o cual fiesta, a que conozcan gente nueva y cosas así. “Te hará bien -les decimos-. Te ayudará a salir de ti mismo.” Verlos tan desdichados hace que nos sintamos incómodos, en parte porque nos recuerda el dolor que sentimos por las cosas que hemos

perdido en la vida. Pero Orfeo se niega a unirse a la fiesta; él quiere seguir donde está, no sólo física sino también psicológicamente. Los celebrantes se encolerizan: ellos están tratando de pasarlo bien, y seguramente no quieren escuchar lamentaciones, ni que les recuerden todos los sufrimientos del mundo, de manera que deciden matarlo.

Uno tras otro van arrojándole sus lanzas, pero las canciones y los lamentos que entona Orfeo son tan conmovedores que las jabalinas se detienen antes de haber llegado a herirlo. Finalmente, los del grupo se dan cuenta de que si vociferan tan alto como les sea posible, las jabalinas no podrán oír la música y no quedarán detenidas en el camino. Cuando así lo hacen, las armas aciertan en el blanco y Orfeo muere.

“¡Pobre Orfeo, qué destino tan trágico!” es lo primero que pensamos. Pero lo que en este caso parece un destino terrible es en realidad todo lo contrario. Su muerte significa que se reunirá en el otro mundo con su perdida Eurídice. Podrán vagabundear tomados de la mano por las praderas del Hades y mirarse a los ojos todo lo que quieran. La muerte sacrificial de Orfeo, que al principio parece una tragedia más en su vida, termina por ser una bendición enmascarada. El éxtasis se convierte en dolor, pero el dolor se convierte en éxtasis. Bajo la influencia de Neptuno, estos recíprocos ocultamientos confunden la seguridad de nuestros juicios.

La muerte de Orfeo se puede tomar literalmente, pero también entenderla como símbolo de un cambio de personalidad importante. Su lucha por recuperar a Eurídice no lo lleva a ninguna parte, pero en cambio la resignación y la aceptación de la pérdida, aun no siendo lo que él quería, producen una transformación que le permite hallar la paz y la reconciliación. En el proceso, Orfeo aprendió una de las lecciones que nos enseñan los tránsitos de Neptuno: a veces, la solución de un problema sólo se puede hallar si renunciamos a encontrarle respuesta. De la

misma manera, hay veces en que el yo agota sus recursos y nuestra manera habitual de afrontar los problemas no nos funciona. Pero sólo entonces se crea una situación tal que nos permite descubrir maneras nuevas de resolver nuestras dificultades o de reconciliarnos con ellas., maneras que jamás se nos habrían ocurrido si no nos hubieran fallado nuestras tácticas habituales. He aquí lo que decía Jung de esos momentos que se nos dan en la vida:

El inconsciente intenta siempre producir una situación imposible para obligar al individuo a que saque lo mejor de sí. De otra manera uno no ejerce sus mejores posibilidades, no está completo, no se realiza. Lo que se necesita es una situación imposible en la cual uno tenga que renunciar a su voluntad y a su propio ingenio, y no hacer nada más que confiar en el poder impersonal del crecimiento y de la evolución.

Sólo cuando al ego ya no le queda poder – cuando nos falla nuestra manera normal de mejorar las cosas – puede aparecer algo más que nos redima. Bajo la influencia de un tránsito de Neptuno, es probable que tengamos que permanecer algún tiempo atascados en una situación desagradable hasta que aparezca una solución o una respuesta. Las antiguas tretas no nos funcionan, y lo único que nos queda es esperar.

Howard Sasportas
Los Dioses del Cambio
Ed. Urano



Constelación de Piscis